

sombrío, como conviene á este pueblo que ha querido siempre la igualdad, pero que sólo ha realizado todavía la igualdad en la servidumbre. En todo se conoce este igualitario espíritu, que es la mitad y más de la democracia. El francés, á pesar de su pobreza, es una de las lenguas más flexibles, más bellas, más comunicativas que han hablado los hombres, á todo lo cual debe su difusion milagrosa hasta por las remotas regiones del Norte. Pues bien, el francés se distingue por sus fórmulas generales, reguladas artísticamente, lo cual hace que todo el mundo lo hable de idéntica manera. No hay esa variedad de construcción, esa diversidad de estilo, esa libertad de sintaxis que constituyen los caracteres fundamentales de nuestra lengua, la más hermosa, la más sonora, la más augusta de las lenguas modernas, y en cuyos acentos majestuosísimos, y en cuyas palabras rozagantes se descubren todavía las señales de nuestra antigua dominación sobre la tierra. En el francés, casi todas las frases están hechas, como leyes, como códigos. De esta uniformidad en la vida, en la lengua, en el carácter, nacen las cualidades sociales de los franceses; pero también nace la ausencia de todo individualismo en que pueda arraigarse la libertad. Y como donde no hay fuerzas individuales, resistencia individual á la manera inglesa y á la manera americana; donde no hay esta idea vivísima de la personalidad, el Estado se apodera de todo, el Estado se sustituye á todo, aquí el Estado es omnipotente y con dificultad se puede luchar contra su omnipotencia. Escribo estas reflexiones, nacidas de un estudio diario de Francia y confirmadas por toda su historia, á fin de probar el fundamento que tenían los ánimos para presentir una derrota probable de la oposición democrática en las elecciones del Jura por el carácter político de Francia. Aquí el gobierno usa de todo su poder, hasta que viene un día no previsto, un día no esperado, en que el espíritu francés se despierta, se trasfigura maravi-

llosamente en las barricadas; y contra el poder del gobierno usa la revolución de toda su fuerza. Y fué tan vivo el despertar de la opinión que triunfó Grevy en el departamento del Jura.

El disgusto público tomó proporciones alarmantes para el Imperio. Hacia pocos años, en el Consejo de la orden de abogados apenas se contaba un republicano. En 1867 era republicana la inmensa mayoría, y Grevy nombrado decano. Antes no salía el Emperador sin escuchar aclamaciones, y por 1867, en torno suyo reinaba extraño silencio. Las más pequeñas manifestaciones revelaban las profundas corrientes de la opinión. Los juegos más sencillos se elevaban á cuestiones políticas. Las muchedumbres de estas grandes ciudades tienen algo de la naturaleza felina, algo del tigre ó del gato. Comienzan por jugar con las manos del poder como si las acariciarán, y concluyen por clavarle cruelmente las uñas. Por la primavera de 1868 todos los sábados se reproducía un espectáculo curioso: la publicación de *La Linterna*. Eran las cubiertas de este folleto semanal rojas, llamativas: se veían de lejos. Y todo el mundo lo llevaba en el café, en el paseo, en el teatro, en los talleres, en el imperial de los ómnibus. Representaban un síntoma del descontento público, porque los ataques de *La Linterna* eran ataques á fondo; su guerra era guerra implacable. ¿Y qué era *La Linterna*? Una sátira, nada más que una sátira. Pero yo he notado que al pié de los grandes monumentos ruinosos, á la hora del crepúsculo de una época, cuando se deshace un mundo, cuando se disuelve una sociedad, cuando se acaba una creencia, cuando se cuarteja un Imperio, dibújase allí la amarga sonrisa de una sátira. Yo conozco que Grecia va á morir, no tanto en las legiones alineadas por Filipo sobre los desfiladeros de Macedonia, como en las comedias arrojadas por Aristofanes en el teatro de Atenas. Yo conozco que el grande imperio romano, el coloso apocalíptico, con sus cien

brazos como Briareo, con el mundo tendido á sus piés como un esclavo y el cielo sobre su cabeza como un dosel, va á caer en su lecho de inmundicias, no porque los bárbaros ahullen como hienas tras el Rhin y el Danubio, sino porque escribe sus sátiras Juvenal. Cuando San Pablo se enciende en la nueva fé, y habla, los dioses paganos se mantienen serenos en sus altares ornados de verbena; pero cuando Luciano se rie, los dioses se caen. La sátira es como esa sonrisa siniestra de la agonía, que se queda dibujada sobre los labios de los muertos; la sátira es amarga.

Y el ingenio francés se ha distinguido siempre por la ironía, siempre por la sátira. Desde los tiempos más antiguos la ironía ha sido la más sobresaliente de sus facultades, la más pronunciada de sus aptitudes. Tiene el carácter francés esa misma alegría ligera que dan sus deliciosos agrios vinos, los cuales jamás llegarán á producir las pesadas borracheras inglesas ó las calientes borracheras meridionales. Bien es verdad que para la ironía cuenta con el admirable instrumento de su lengua dúctil, flexible, maravillosa de gracia, pobre en esencia, y por lo mismo rica en palabras de doble sentido. Lo mismo ha sido en todas las épocas de la historia. En el Renacimiento, se oye sobre todas la carcajada de Rabelais. Acaso el primer pensador francés ha sido Montaigne, y Montaigne es burlon, excéptico, satírico, una abeja que destila mucha miel, pero también mucho acíbar. La risa de Voltaire ha pasado á ser proverbial. Jamás ningún terremoto conmovió la tierra ni descuajó árboles seculares como una carcajada de ese hombre-siglo, de ese hombre-nación, de ese Voltaire que era la Francia. Y á Voltaire precedió Moliere y siguió Beaumarchais. Y la República tuvo á Camilo, y la Restauración á Pablo Louis Courier. Los gobiernos deben temblar siempre que los franceses se echan á reír. Y ahora la risa de Francia se llama Rochefort, poco literaria como conviene al Imperio, pero franca como conviene á la de-

mocracia; fuerte, porque son fuertes los sucesos que la provocan; amarga, porque es amargo el reír del esclavo entre el ruido de sus cadenas; y amenazadora, porque las olas de la opinión la inspiran, y esas olas están henchidas del viento de la ira y coronadas con espumas de hiel.

Era en vano que el gobierno luchase contra esta fuerza de la opinión y forcejease por romperla. Hasta los bienes materiales con que quiso reemplazar la ausencia de los bienes morales, faltaban ó iban faltando. Un día cayó Mires. Después los Pereires; caritades de oro que sostenían el segundo Imperio. Una sentencia dada por el Tribunal Superior les condenaba á reembolsar las acciones de la segunda emisión, y les decía que habían traspasado el límite de las habilidades permitidas. El Estado acudía á un empréstito de cuatrocientos millones cada dos ó tres años. La ciudad de París se hallaba imposibilitada de continuar sus inmensos trabajos. Iecker, el célebre banquero que entró por tan extraordinaria manera en los asuntos de Méjico, acababa de quebrar; y por haber dado la noticia de este suceso, provocaba en duelo á uno de los redactores de la *Liberté*. Su bala se estrelló contra el portamonedas del escritor cuando iba derecha al corazón. El director del Banco de Francia resumía así la situación; resumen que dejó en francés porque toda traducción quitaría su fatídica onomatopeya al original: «*Depression universelle, stagnation generale. Defiance de 'avenir, cauchemar de l'incertitude.*»

Bien es verdad que contribuía en mucho á esta angustia el temor general de una guerra. Por estos momentos la reina Victoria llegaba á la estación de Saint-Lazaire, acompañada de algunos de sus hijos y del ministro de Negocios extranjeros. Por cumplir sus deseos, no sale á recibirle ninguna comisión, ningún enviado del Emperador. Detúvose un día en París, y partió para Lucerna. Los ánimos estaban de tal manera inquietos, que daban

al viaje de esta desolada viuda un sentido político. Pero bastaba considerar dos cosas: primera, que la reina es completamente ajena á la política de su nación; y segunda, que ni siquiera fué de los baños el Emperador á su encuentro, para disipar todas estas ilusiones. Y digo ilusiones, porque se daba al viaje de la reina Victoria transcendencia política á favor de la paz. La emperatriz le hizo una visita que le fué devuelta por la reina, y ahí concluyó todo.

En cambio se anunciaba para el 15 de Agosto un discurso del Emperador á las tropas. El quince es la fiesta anual del Imperio. Los mendigos salen por todas partes en tropel, los titiriteros se instalan en circos improvisados, los cómicos representan de balde, las bóvedas de Nuestra Señora resuenan con los acentos del *Te Deum* oído por un ejército de áureos uniformes, y cuando viene la noche, París se cuaja de luminarias oficiales que van desde el Arco de la Estrella hasta las Tullerías, y desde las Tullerías hasta el Hotel de Ville, subiendo por las altas cúpulas y dilatándose por el friso de los monumentos, con tales resplandores, que parece esta inmensa capital del mundo una ciudad de fuego. Pero hay otros días, no tan frecuentes, en que París se recoge en sí mismo, recuerda que ha brillado en el mundo por la luz de sus ideas, que lo ha purificado por el fuego de sus revoluciones. Y en esos días vota contra el Imperio. Consecuencia que el Emperador no está nunca en París el día de su fiesta. Pero aquel año decíase que faltaría á tal costumbre, é iría á decir una arenga al ejército y á la Guardia nacional tendidos en parada por las calles. ¡Una arenga ante cien mil hombres! Eso olía á pólvora.

Un ejército numerosísimo, una Guardia nacional movilizada, un pueblo nervioso, inquieto, que ama sobre todo la gloria, nube de humo á la cual gustoso sacrifica la vida; enfrente la Alemania de Jena, creciendo desmedidamente en fuerzas; desafiando con su

actitud y con sus discursos, agrandada por la teoría napoleónica de las anexiones, y conservadora de los territorios cedidos á su codicia por la Santa Alianza; territorios que muestran la derrota definitiva del primer Imperio; todo esto era verdaderamente tentador para un hombre que se asentaba en el trono de las conquistas, que llevaba el apellido del primer guerrero de la historia, y que era el jefe de una grande sociedad militar, á cuyas armas debía el golpe de Estado, y esta dictadura, por la cual ha podido reinar pacíficamente quince años sobre la nación más revolucionaria de la tierra.

En vista de todas estas grandes preocupaciones, y de todas estas embarazosas dificultades, no es maravilla que el Emperador se encontrara como bajo una máquina pneumática. La ruina de las sociedades de crédito, la carestía de todos los alimentos, las crecidas contribuciones sobre el consumo, la debilitación de los trabajos en la ciudad de París, la crisis universal del comercio y de la industria, hacían que el hambre amenazase en aquellos duros días con todos sus horrores al pueblo francés. El Emperador parecía exclusivamente consagrado á desvanecer las aprensiones que pudiera engendrar el temor de una guerra y á impulsar las transacciones paralizadas. Así insistía en todos sus documentos con una tenacidad y una persistencia sin ejemplo en las seguridades de la paz, y se desembarazaba con una claridad y una franqueza sin ejemplo también de las interminables redes de la cuestión alemana. Pero no bastaban las palabras cuando no iban acompañadas y seguidas de los hechos. Y los hechos eran que no se podía inspirar mucha confianza en la paz cuando se corrían aventuras como la de Roma, cuando se trababan alianzas como la de Salzburgo, cuando se mostraban recelos como los nacidos por el discurso último del rey de Prusia, cuando se tomaban disposiciones como la de aumentar cuatro años el servicio militar y se proponían

reformas como la de movilizar toda la Guardia nacional. Los días eran duros para el Imperio. Los puntos negros se iban agrandando y amenazaban cubrir todo el horizonte. La ciudad de París no tenía aquellas facilidades para construir que tuviera en otro tiempo, ni aquellos tesoros que emplear, ni aquellos ejércitos de trabajadores que sostener. Para dar á sus operaciones mayor radio, y á sus tributos mayor rendimiento, se le iban anexionando los pueblos vecinos donde algunas familias pobres se refugiaban huyendo de esta horrible carestía. Las fábricas, que en virtud de tal reforma acababan de entrar en París, veían perturbadas sin ninguna compensación sus condiciones económicas. Los carbones eran más caros que antes, á causa de la contribución de puertas. Los jornales más caros, á causa del subido precio, que te-

nia el título oneroso de habitante de París. Las fábricas cerraban sus puertas. La clausura de las fábricas arrojaba una muchedumbre inquieta de trabajadores, sobre las aceras volcanizadas. El Emperador, que intentaba ser personalmente el Emperador de los trabajadores, oyó sus quejas y las quejas también de los fabricantes, y se exceptuaron esas fábricas por algún tiempo de la pesada carga de los tributos parisienses. Pero monsieur Haussman, prefecto de París, su gran demoleedor, el que aplicó la piqueta á sus antiguas calles, y abrió sus magníficos boulevares, se resistía á las pretensiones del Emperador, y dejaba su alto puesto. El Imperio se asfixiaba. Las dificultades eran graves, y muchas, y cada día más insuperables para todo poder que no fuera el vigoroso poder de la libertad.